

típica, en este caso, de un momento altísimo en la historia española, y que, como era de esperarse, es acusada por las mentes más preclaras<sup>5</sup>.

Muchos son los aciertos de este libro, hecho con rigor, con devoción. Trabajos así irán perfilando el estudio de esas generaciones cultas del siglo XVI, un poco adormiladas en la trastienda de la crítica tradicional. Muy pocas observaciones se le podrían hacer: hablar de católicos "liberales" o "reaccionarios", por ejemplo. Entendemos perfectamente lo que Rivers quiere decir, pero sus expresiones son inadecuadas en el tiempo en que se mueve el libro. Ciertamente que son disculpables, por la falta de flexibilidad en el dominio de la lengua —lo que no impide que el español del libro sea pulcro. Tampoco es oportuno jugar con las cualidades de don Sebastián, adjetivándolas demasiado coloquialmente (*quijotismo*, *locura*, etc.), por hallarnos ante un personaje que nadie discute ya. Son expresiones que no valoran lo que se critica, sino que ponen de manifiesto el sano apasionamiento del autor por las cosas de España. En fin, pequeños lunares, hijos del entusiasmo de todo libro joven. Esperamos sinceramente que la tarea hispanista del profesor Rivers nos dé aún valiosos y abundantes frutos.

A. ZAMORA VICENTE

El Colegio de México.

ANTONIO SÁNCHEZ BARBUDO, *Estudios sobre Unamuno y Machado*. Ediciones Guadarrama, Madrid, 1959; 326 pp.

En este volumen se reproducen los estudios que sobre Unamuno y Machado publicó el profesor Sánchez Barbudo en diversas revistas entre 1949 y 1954. Su concepto de la problemática religiosa de Unamuno es ya bien conocido: no sólo no era cristiano, sino que le dominaba un descreimiento absoluto. Considera el autor que los estudios posteriores a 1954 en nada modifican su criterio: "No he sentido en modo alguno —dice— la necesidad de cambiar mi opinión" (p. 11). Será difícil, sin embargo, que todos compartan esa misma satisfacción, pues ni la parte de la obra unamuniana conocida antes de 1954, ni mucho menos la que desde entonces ha venido apareciendo, pueden juzgarse tan categóricamente como hace Sánchez Barbudo.

La mayor parte de lo escrito hasta ahora acerca de Unamuno revela el intento constante de ver su obra y personalidad "desde dentro", de reconstruir su proceso creador con una actitud esencialmente "simpatizante", pues se ha pensado —y creo que con mucha razón— que Unamuno no es comprensible sino desde un punto de vista *imitativo* del suyo propio. Por otra parte, no se debe negar el valor de la interpretación hecha "desde fuera", porque —acertada o no— tal perspectiva sirve para poner en tela de juicio la dogmática afirmación de que Unamuno no cometió nunca faltas de consecuencia. Indudablemente que Sánchez Barbudo aporta un importante estímulo al conjunto de crítica que sobre Unamuno se

<sup>5</sup> Rivers devuelve a Aldana la paternidad de la *Canción a nuestra Señora* ("No viéramos el rostro al Padre Eterno"), atribuida a fray Luis de León desde la edición de Quevedo. (Cf. *HR*, 20 (1952), 153-158).

hace y se hará, a pesar de que sus artículos están hechos sobre una base bibliográfica deficiente. Siempre —desde su primera publicación en *HR*, *RHM* y *RUBA*— han tratado de promover reflexiones más detenidas y profundas sobre el mundo religioso de Unamuno.

Estos estudios abarcan dos épocas: la que precede y la que sigue al año 1897. A la primera se dedican los ensayos titulados “Una conversión *chateaubrianesca* a los veinte años”, “Sobre la concepción de *Paz en la guerra*” y “Una experiencia decisiva: la crisis de 1897”. A la segunda, que abarca toda la obra posterior a *Paz en la guerra*, se dedica “El misterio de la personalidad de Unamuno. *Cómo se hace una novela*”. Todo lo que se argumenta con numerosas citas en estas 200 páginas está encaminado a presentarnos a un Unamuno arreligioso, que sólo cuidaba del gesto y que hablaba de “dudas y pasiones que no sentía” (p. 89). El núcleo de la tesis queda expuesto en la p. 189, donde se reitera lo del ateísmo de Unamuno y se lanza la teoría de un encubrimiento consciente de su verdadero problema, esto es “su verdadera falta de fe”. Filosofar era para Unamuno “sólo un modo de *encubrir* la verdad”, dice Sánchez Barbudo más adelante, utilizando el mismo verbo (p. 194). Todo lo cual no es fácil de aceptar si se conoce *El sentimiento trágico*, “Mi religión”, “La fe”, *La agonía del cristianismo*, *San Manuel Bueno, mártir*, la correspondencia particular y otros escritos innumerables, en los que no hizo sino exponer —y a veces a gritos— su dilema de la fe. Puede decirse que la posesión o falta de fe de Unamuno jamás se podrá afirmar o negar categóricamente, por la constante oscilación entre desesperación y esperanza que manifestaba en casi todo lo que escribía. Sánchez Barbudo sostiene que en 1900 Unamuno había perdido “ya para siempre” la esperanza de creer (p. 25); quizá pueda afirmarse que había perdido la convicción racional, pero no la esperanza. Después de todo, lo que realmente interesa en Unamuno, en materia de religión, es su *dirección espiritual* y no los momentos arbitrariamente escogidos por un crítico desconfiado. No parece lógico llamar ateo a un pensador que hizo de la variable distancia entre el hombre y Dios la inspiración vital de toda su obra. Es verdad que Unamuno convirtió en cierto modo la religión en “literatura”, pero literatura profunda, y no, como quiere Sánchez Barbudo, en postura “chateaubrianesca”. La aparición de cuatro de los cinco cuadernos manuscritos que forman el *Diario* religioso de 1897 hace muy discutibles tales teorías. Sánchez Barbudo parece no tener noticia de ellos, aunque su libro se imprime unos dos años después del primer artículo de Armando Zubizarreta<sup>1</sup>. En este *Diario* Unamuno expresa con bastante claridad su intención de alcanzar la fe, y aun antes de alcanzarla, de utilizarla en la contemplación de todos sus posibles efectos: “Y he aquí cómo yo que huía de todo intelectualismo volveré a caer en él. Maté mi fe por querer racionalizarla, justo es que ahora vivifique con ella mis adquisiciones racionalistas, y emplee en esta labor mi tiempo”<sup>2</sup>. No hay

<sup>1</sup> “Aparece un *Diario* inédito de Unamuno”, *MP*, núm. 360 (1957), pp. 182-189. Posteriormente ha publicado dos artículos más sobre el mismo tema: “La inserción de Unamuno en el cristianismo: 1897”, *CuH*, núm. 106 (1958), pp. 3-31; y “Desconocida antelata de la crisis de Unamuno”, *Íns*, 13 (1958), núm. 142.

<sup>2</sup> Pasaje del segundo cuaderno del *Diario*, publicado por Zubizarreta en su primer artículo, p. 188.

que olvidar que para estas fechas Unamuno estaba dispuesto, tanto *intelectual* como psicológicamente, a adoptar una nueva orientación religiosa. Había experimentado un largo proceso de *catharsis* en el período de militante racionalismo que duró desde 1880 hasta 1895. Su libre asociación con toda clase de heterodoxia (Hegel, Kant, Spencer, Rousseau, el "krausismo", Nietzsche, las cartas de Jiménez Ilundain, etc.) habría dejado a un ateo latente muy lejos de una crisis tan desgarradora como la de Unamuno en 1897. A él, en cambio, le sirvió todo esto de un fuerte estímulo de religiosidad.

Discutible también es el afán que se advierte en el tercer estudio ("El misterio de la personalidad de Unamuno") por identificar al autor con sus personajes. Según el crítico, don Manuel refleja "el Unamuno íntimo", mientras que don Sandalio (el jugador de ajedrez) es "como un doble del Unamuno externo" (p. 183). La comparación halaga por su simetría, pero es engañosa. Siendo incompletos, ni éstos ni otros personajes unamunianos pueden ser mucho más que figuras representativas de unos cuantos problemas espirituales. Se trata más de ejemplaridad que de representación personal. Tampoco se puede estar de acuerdo con la noción de "paz terrible" que percibe Sánchez Barbudo en la obra posterior a 1897 (pp. 35-36 y 50-51), pues en realidad Unamuno vive en busca perpetua de la paz. El momento extático del final de *Paz en la guerra* ("suprema armonía de las disonancias") señala, no el término, sino el principio de una época. Quien lea los ensayos "El perfecto pescador de caña", "Ciudad y campo", *Andanzas y visiones españolas*, numerosos versos de *Poesías*, *El Cristo de Velázquez*, los comentarios sobre la poesía inglesa y, sobre todo, el pequeño volumen de *Paisajes*<sup>3</sup>, ve en seguida que la paz fundamental de Unamuno no tiene nada de "terrible".

Cabe preguntarse por qué las dos partes de estos *Estudios sobre Unamuno y Machado* no fueron formalmente unidas bajo uno o más temas comunes. Hay relaciones implícitas entre los dos escritores: Sánchez Barbudo sólo muy de pasada las señala (pp. 204 y 325). En el primer capítulo sobre Machado, por ejemplo, lo relativo a "el impulso hacia *el otro* y *lo otro*" sugiere puntos de contacto evidentes con Unamuno. Los dos se acercan al hombre con sentido de profunda compasión. Muy acertadamente destaca Sánchez Barbudo que "lo que Machado dice constantemente... en *Juan de Mairena*... es que la mónada no debe ser 'sorda e indiferente' a otras melodías, a otras almas. Y de hecho no lo es, porque la *mónada de Martín*, *aunque solitaria*, *aun más solitaria que la de Leibnitz*, es *mónada 'fraterna' y ansiosa de lo otro*. Su actividad consiste en buscar 'lo otro', lo que ella no es; aunque ese *otro* resulte luego ser una proyección del propio ser, un 'reverso' del ser" (p. 210). Hay en esto un buen punto de partida para tratar el subjetivismo poético que en Unamuno y Machado se asemejan tanto, y es de esperarse que algún día se desarrolle el tema. "El pensamiento de Antonio Machado en relación con su poesía", título bajo el cual se resumen los capítulos dedicados al poeta,

<sup>3</sup> Cf. "Letras inglesas" en el tomo 3 de la serie *De esto y de aquello*, Buenos Aires, 1953, pp. 99-194. Parece que Sánchez Barbudo no ha querido servirse de esta serie (iniciada en 1950) que es la mayor acumulación de colaboraciones publicadas en la prensa periódica española e hispanoamericana. Los *Paisajes* se publicaron en la Colección Calón, t. 5, Salamanca, 1902. Véase especialmente el "paisaje" de *La Flecha*, pp. 22-23.

es un feliz arranque para el estudio posterior sobre los fundamentos filosóficos de la poesía de Machado. Lástima que el autor no haya conservado el mismo equilibrio en sus comentarios sobre Unamuno. Justamente, lo que más hacía falta en éstos era un intento concienzudo de unir —no de separar como lo ha hecho— los móviles filosófico-religiosos del conjunto de la obra.

PETER EARLE

Wesleyan University.

FERNANDO ALEGRÍA, *Breve historia de la novela hispanoamericana*. Ediciones De Andrea, México, 1959; 280 pp. (*Manuales Studium*, 10).

Alegría, novelista chileno y profesor en la Universidad de California, alcanza con este libro la más completa identificación que el crítico puede lograr con su tema. Como historiador y crítico literario parecía apartado voluntariamente del terreno de su personal vocación creadora<sup>1</sup>. Hoy entra con pie seguro en la historiografía y valoración de la novela en la América hispánica. La capacidad académica y el testimonio directo se dan en él la mano.

Muchos riesgos debió de sortear Alegría antes de publicar este manual sobre un tema tan numeroso en países y en obras; quizá no tantos como Anderson Imbert con su breviario de *Historia de la literatura hispanoamericana*, pues resulta evidente que el estudio de un solo género abarca menos autores. De todos modos, como en el caso de Anderson, los riesgos que Alegría no pudo vencer son los más dolorosos, pues son los mismos que acosan a toda la cultura hispanoamericana: incomunicación y falta de recursos bibliográficos.

Los capítulos sobre los "Orígenes y el siglo XIX" son los que aparecen como mejor formados. La omisión de autores y de obras es mínima, y nunca llega a descomponer el cuadro; sin embargo, no debieron descuidarse los matices ni las proporciones. Es cierto que en un manual no se pueden dar todos los pormenores de la vida literaria, que son tan sugerentes en la composición histórica, pero tampoco se debe prescindir de los que sean más reveladores. La brevedad del capítulo dedicado a los "Orígenes" impide valorar justamente los intentos de novela hechos durante los siglos coloniales. Los *Infortunios de Alonso Ramírez*, de Sigüenza y Góngora, apenas se mencionan, y *El lazarillo de ciegos caminantes* se estudia en muy pocas líneas. Por lo demás, las causas que impidieron el desarrollo de la novela en la América colonial son cabalmente enunciadas por Alegría.

El siglo XIX, que abarca desde *El Periquillo* (1816) hasta la decadencia del naturalismo, ofrece excelentes capítulos y, entre ellos, los juicios más afortunados sobre la novela política argentina, *El matadero* de Echeverría y el *Facundo* de Sarmiento, aunque reconoce Alegría que esta última obra no es propiamente una novela. La novela histórica y el realismo romántico, la novela sentimental (que incluye una revalorización

<sup>1</sup> *Walt Whitman en Hispanoamérica y La poesía chilena: orígenes y desarrollo del siglo XVI al XIX*, publicadas ambas en México en 1954.